

PIEDRAS

Pseudónimo: Musset

El viento soplaba con fuerza, agitando las ramas de los árboles con sus manos hasta hacerlos gemir. La chica dejó la bicicleta junto a los manzanos. Una vez más había llovido toda la noche y las botas de caña alta se hundieron en el barro. Observó el caserío cuyo balcón pintado de color granate parecía la sonrisa de aquella fachada blanca. Sonrisa de dientes de madera. Dientes. A Marcel le habían arrancado los dientes. A Tomas le habían arrancado las uñas. Sintió un escalofrío y se ató la lazada de la gabardina. Su corazón era un pajarillo que en ocasiones revoloteaba ansioso. Lo sentía allí, en su pecho, dándole golpes con su pequeña cabeza, con las alas, con el pico, con las patitas que arañaban como alambres. Otras veces el pájaro parecía dormido; el miedo lo transformaba en un animal de piedra. La joven tenía la piel muy blanca y sus ojos grisáceos absorbían la escasa luz del día. Aquellos ojos vivaces examinaban con detalle los alrededores, explorando, buscando impacientes, sin descanso. Cuando estuvo segura de que nadie la había seguido, cogió la cesta que colgaba del manillar e inició el paso.

Emilia permanecía de pie en la puerta del caserío. Se preguntaba si la figura que avanzaba hacia la casa era la extranjera. Ya había pasado casi un mes desde la última vez que la había visitado. Unas cuantas semanas de tranquilidad, si se las podía llamar así. Pero no, no hay tranquilidad cuando los árboles ven y escuchan. Cuando la noche se llena de gritos, de alaridos, de ladridos y disparos. No hay tranquilidad cuando la habitación del fondo del pasillo está vacía. No hay tranquilidad posible, se dijo Emilia.

Entrecerró los ojos para seguir el avance de aquella figura cuyos contornos no podía apreciar, porque toda ella se borraba convertida en una mancha de color beige. Cuando la tuvo cerca, Emilia comprobó que no se había equivocado. Buenos días, le saludó la chica con su acento extranjero. Buenos días, le contestó Emilia. El aire levantaba la falda de la casera, mostrando sus piernas gruesas y fuertes. Llevaba los pies enfundados en unas botas viejas, sin calcetines, y una chaqueta de lana que le quedaba demasiado grande. Sus ojos empezaban a hundirse en su estructura ósea, anunciando su futura calavera. Estaba a punto de cumplir los sesenta años, pero aparentaba más edad de la que tenía.

La chica miró una vez más hacia atrás con disimulo. Siempre había que estar en guardia, representando el papel, mordiéndose la lengua, atando al maldito pájaro con un collar de acero. Porque toda precaución era poca, si quería seguir teniendo las uñas en los dedos y los dientes en las encías.

Se dirigieron al gallinero. El olor de las aves se mezcló con el olor de Emilia. La chica ya estaba acostumbrada; la mujer y su ropa olían a comida, a leña, a patatas, a berza, a tierra. También a sudor. Emilia abrió la puerta, que no era más que un palo de madera que sujetaba una red de alambre. Las aves se apartaron ante su avance; dos o tres animales quedaron en una esquina. Alargó la mano hacia uno de ellos, pero el primer intento de atraparlo fue infructuoso. Las aves cacareaban y abrían las alas creando un gran alboroto, saltando unas sobre otras, picoteándose entre ellas. En el segundo intento tuvo éxito. Emilia sostenía por el cuello de una gallina mediana y, con la otra mano agarraba su cuerpo, impidiendo así cualquier intento de huida.

—¿Qué tal mañana? -preguntó la joven de repente, sin dejar de mirar la gallina-. Tienen que llegar a San Sebastián dentro de tres días.

—¿Cuántos son? -preguntó Emilia.

—Esta vez sólo son dos.

Emilia partió el cuello del animal. La chica se sobresaltó por aquel movimiento que no había anticipado, pero no dijo nada. Pájaro de piedra. La piedra es dura, muda. La piedra no tiembla, no confiesa, no traiciona. La Belga no podía dejar de mirar la gallina. Un segundo, un movimiento, y todo había acabado. Un final rápido, lo que casi siempre podía considerarse un buen final, casi un final feliz. Los ojos de la gallina brillaban como dos piedrecillas negras, dos joyitas brillantes que parecían mirarlas.

Emilia metió la gallina en la cesta y acompañó a la joven hasta la bicicleta.

—Tengo algo para ti -le dijo la chica sacando unas cajetillas de tabaco del interior de la gabardina-. Entonces, ¿a las doce y media?

—A las doce y media -repitió Emilia.

En la cocina Antoine arreglaba unos zapatos; forraba el interior del calzado con cartón y papel. El hombre no levantó la cabeza, por lo que Emilia dedujo que estaba contrariado. Se acercó a la cocina de carbón donde un puchero hervía. Abrió la tapa y una nube de vaho se extendió ante ella.

—¿Qué quería esa mujer?

Emilia se volvió y observó cómo su marido se esmeraba en fortalecer aquel calzado ya gastado. Sus manos eran grandes; había trabajado la tierra toda la vida. Era un unos años mayor que ella, pero todavía mantenía su aspecto gallardo.

—¿Realmente quieres saberlo? Es mejor que no preguntes -dijo Emilia con dulzura.

Sacó el tabaco que había guardado en los bolsillos y lo dejó sobre la mesa. Antoine decidió tomarse un descanso y, dejando los zapatos en el suelo, abrió un paquete. Se levantó para coger las cerillas de la cocina. Encendió un pitillo mientras se acercaba a la ventana desde la que se veía el paisaje familiar que tanto le reconfortaba. Emilia se había sentado, parecía muy cansada.

—Hasta ahora has tenido mucha suerte -le dijo él, siguiendo el movimiento de los dedos de la mujer que repiqueteaban sobre la mesa reproduciendo un sonido rítmico-. Emilia, ya no ves. Tienes que dejarlo, es peligroso.

Ella suspiró y se restregó el rostro con las palmas de las manos, como si se lavara la cara.

—Di que no, que no puedes... ¿Acaso no hemos sufrido ya bastante en esta casa?

—Será la última vez -se limitó a decir Emilia.

Ni Emilia, ni ninguno de sus vecinos, habían olvidado la fecha en la que los alemanes habían llegado a Hendaia. Los días anteriores miles de personas, entre ellos muchos judíos, se agolparon junto a la frontera. Emilia había visto a lo lejos aquella serpiente oscura, quieta, formada por personas asustadas que veían pasar los minutos con angustia. La ansiedad por salir del país antes de que llegaran los militares nazis era cada vez mayor. El ferrocarril no funcionaba y escaseaba el combustible para los vehículos. Las colas de coches y de peatones crecían por momentos; la espera para poder cruzar la frontera había llegado a ser de setenta y dos horas. El día veintiséis de junio de 1940 unos diez mil polacos huyeron en nueve barcos de transporte desde San Juan de Luz. El tiempo se acababa. El veintisiete de junio el primer soldado alemán entró en Hendaia. Se llamaba Wim Brand, comandante ingeniero de la 88ª tropa comando *Verfügungstruppe* y fue recibido amistosamente por el ejército franquista en el puente de Santiago, punto de unión entre Francia y España. Una vez tomado el puente, la bandera nazi fue izada y se cerró la frontera. Todos sabían, sin embargo, que había otros caminos para pasar al país vecino. No era difícil cruzar el río Bidasoa por otros puntos de la geografía vascofrancesa. Por eso, los alemanes de un lado y la guardia civil del otro, se dedicaron a controlar esos pasos que habían sido utilizados habitualmente por los contrabandistas. Pasar al otro lado era como jugar al gato y al ratón. A veces el ratón se escapaba y corría entre las sombras, se perdía entre los árboles. Si los disparos no lo

alcanzaban y conseguía llegar a casa de otros ratones amigos, había ganado. Otras veces, el gato gordo, lustroso, cazaba al ratón que caía en su trampa. Lo sostenía entre sus zarpas y jugaba con él un rato. Lo golpeaba para que corriera y lo volvía a cazar. O, asqueado, se limitaba a pegarle un tiro en la nuca. Porque el gato también se cansaba; había mucho trabajo que hacer, muchos ratones a los que vigilar. El gato multiplicaba sus ojos e intentaba verlo todo.

Las dos cestas que Emilia llevaba al puesto alemán pesaban bastante. Esa misma mañana había matado varios conejos y pollos, y había recogido una buena cantidad de patatas. Se encontró con los primeros soldados a unos setecientos metros de su casa, situados a ambos lados del camino. Ellos la conocían; la mujer visitaba el puesto varias veces a la semana. Sin embargo a Emilia seguían impresionándole los uniformes, las armas, y sobre todo los gritos que no entendía.

—Traigo comida -dijo.

Llegó a su destino y esperó a que uno de los soldados revisara el contenido de las cestas. El soldado dijo algo que provocó la risa de uno de sus compañeros. Luego le permitió pasar, acompañada por uno de ellos.

Cerca de la entrada se encontraban las jaulas. Los perros, en su mayor parte pastores alemanes, eran unos ejemplares preciosos, de gran tamaño, y estaban bien cuidados. Emilia sabía que habían sido adiestrados para detectar enemigos. Su olfato era prodigioso, o al menos los alemanes presumían de ello. Se detuvo junto a los perros y acarició a los que estaban sueltos. Luego metió la mano en las jaulas para palmear a los que estaban encerrados.

—No tocar -le dijo el soldado en francés.

La mujer obedeció y se apartó de ellos.

—¿Gusta los perros? -preguntó el soldado con un tono que a ella le resultó despectivo.

—Algunos son mejores que las personas -respondió Emilia.

El soldado sonrió. No le faltaba razón a aquella vieja apestosa. ¿Cómo se atrevía a ir al puesto así de sucia? Parecía uno de esos mendigos andrajosos que ellos habían retirado de las calles, pensó el soldado arrugando la nariz.

Emilia vendió su carga al cocinero del puesto, que examinó la carne y la fruta. Aunque aquella mujer les aprovisionaba desde el principio, y habían sido ellos mismos los que se habían acercado a su caserío a pedir sus productos, allí nadie se fiaba de nadie. De todas formas tenían sus propios métodos para comprobar el estado de los alimentos; las prisioneras que trabajaban en la cocina debían de probar la comida antes de servirla. Eran mujeres bonitas, o al menos lo habían sido hasta llegar allí. Emilia las había visto alguna vez, pero ellas habían evitado mirarle a los ojos. Cuando le dieron el dinero que le correspondía, Emilia se dispuso a salir. Antes de dejar el puesto, se detuvo de nuevo frente a los perros.

—Yo soy vuestra amiga -dijo en un susurro-. No olvidéis que soy vuestra amiga - repitió.

Se tumbó en la cama. Volvía a ver las bocas abiertas, jadeantes, que le mostraban sus lenguas rosadas colgando húmedas entre sus dientes afilados. Sentía la respiración agitada de los perros que parecían estar allí mismo, en el cuarto. Un solo perro podía destrozar a una persona. Cayó en un leve duermevela en el que soñó con André. Era él, estaba segura, a pesar de tener el rostro cubierto por una máscara negra. Caminaba por una calle vacía, bajo la luz de unas farolas altísimas, más altas que los edificios que había a cada lado de la calle -edificios grises, sin ventanas, sin locales comerciales, simples muros de hormigón oscuro-. Caminó detrás de él, le llamó, gritó su nombre, pero él no se volvió. Caminaba muy rápido y ella no lograba alcanzarlo. Le pesaban las piernas cada vez más; ya casi no podía moverlas. Cogió con las dos manos su pierna derecha y la levantó del suelo para dar un paso. Hizo lo mismo con la pierna izquierda. Agitó los brazos para intentar avanzar. Quiso volar. Vio entonces una paloma, vieja, enferma, que permanecía inmóvil pegada a la pared. Gritó de nuevo con rabia

el nombre de su hijo justo en el momento en el que él giraba en una esquina. La calle iluminada por la luz mortecina de aquellas enormes farolas volvió a quedar vacía. La paloma se dirigió lentamente hacia un sumidero que pareció absorberla.

El quejido de la puerta del armario que había abierto Antoine hizo que Emilia regresara del mundo de los sueños. Todavía angustiada, movió las piernas y sintió cierto alivio al comprobar que obedecían sus órdenes. ¿Por qué llevaba André esa máscara? ¿Por qué no atendía a su llamada desesperada? André tenía diecinueve años cuando, tras mantener contacto con los exiliados que venían de Irún tras la caída de la ciudad, había decidido luchar en España. Ese no es asunto nuestro, le había dicho Antoine. El hijo ni siquiera le había contestado; se había marchado una madrugada, sin despedirse.

En octubre del año treinta y seis André entró a formar parte del Bataillon Commune de Paris, unidad militar formada por voluntarios en su mayor parte franceses. Según les había contado el chico en una de sus cartas, había participado en la defensa de Madrid en noviembre de ese mismo año, junto a la XI Brigada Internacional. Tras participar en diferentes batallas, les informaron de que había sido herido en un ataque al sur de Madrid, en una zona llamada Cuesta de la Reina. Luego no hubo más noticias. Sólo silencio. El sentido común le decía a Emilia que, si André estuviera vivo, se habría puesto en contacto con ellos. Pero ella se agarraba a la esperanza y sus argumentos eran otros, incomprensibles, inexplicables. Está vivo, se dijo una vez más. Está vivo en algún lugar. Las malditas guerras nos ha separado, pero cuando esta locura acabe él volverá.

Antoine, de pie junto a la cama, permanecía muy quieto.

A las doce de la noche Emilia salió de casa, sin despedirse de su marido que parecía dormir. No era momento para reproches; ahora necesitaba tranquilidad y concentración. Se puso unas medias negras y enfundó sus manos en unos guantes también oscuros. El viejo abrigo de lana cubría sus ropas. Un pañuelo ocultaba su cabeza. Cogió del establo un montón

de ropa que había escondido entre la paja y la sostuvo entre sus brazos. Cuando pasó juntó al huerto Emilia era sólo una sombra más entre las sombras. La luna en cuarto creciente iluminaba el camino filtrándose entre las ramas de los árboles, pero las nubes la ocultaban a cada rato. Conocía el sendero de memoria. Se sentía más segura en la negrura, porque así jugaba en igualdad de condiciones.

Seguía el camino, confiando en que no habría soldados, confiando en la suerte, en Dios. En su dios, porque ¿qué dios tendrían los alemanes? El dios del enemigo no podía ser el mismo que el suyo. ¿O sí? Tardó unos diez minutos en llegar al lugar en el que habían quedado, junto a la ruinas de lo que había sido una ermita. Se apoyó en el tronco de un viejo roble y esperó hasta que escuchó un sonido similar al de la lechuza. Ya estaban allí. Ella respondió y tres sombras se acercaron al muro derruido. Ella también se arrimó a él, colocándose junto a ellos. Distinguió la figura de la Belga, a la que reconoció por su voz cuando la saludó con un susurro.

—Estos son los dos muchachos. Son aviadores. Se llaman Gary y Sean -dijo la Belga.

Uno de los chicos le dio la mano, y sintió un apretón fuerte y decidido. El otro la saludó también, pero lo hizo con más cuidado, casi con cariño, y acercó la segunda mano que colocó a su vez sobre las dos manos apretadas. A Emilia le pareció un gesto bonito. No podía ver sus rostros, pero no era necesario.

Antoine nunca estuvo de acuerdo, pero ella, al igual que había hecho André, ya había tomado una decisión. Sabía de ellos por una prima que vivía en Anglet, Maritxel, y a través de ella contactó con la red. ¿Por qué lo has hecho?, le había preguntado Antoine. Si hubiera podido, se lo hubiera explicado. Pero Emilia no era una mujer de palabras. ¿Cómo describirle a su marido lo que sentía en el estómago? Se despertaba de madrugada, incluso las noches tranquilas, aquellas en las que no había ladridos, ni disparos, ni luces en los montes, ni malas noticias que rumiar. Se despertaba y sentía que se hundía en el colchón, que la lana se la

tragaba. Era por las piedras que, desde que André se fue, le habían crecido dentro. En el vientre. En el vientre y dentro del pecho. Aquellas piedras la hacían sentirse pesada, ella que siempre había sido ligera. Comía piedras. Respiraba piedras. También soñaba piedras.

Sólo encontró consuelo en la idea de ayudar, de colaborar como hacían otros. Su primer contacto fue en un café de Biriadou. Cuando Maritxel se ofreció a acompañarla, Emilia aceptó. A causa de la pérdida de visión, en el pueblo, que no era su medio habitual, se sentía torpe. Las dos mujeres se sentaron en la mesa que estaba al fondo del local. Disimulaban a duras penas las ganas de mirar el reloj y, hablando en euskera, se tranquilizaban la una a la otra. Hasta que una joven de aspecto frágil y delicado se sentó con ellas. Emilia pensó que les daría un recado, o les llevaría a ver a algún contacto. No se imaginaba que aquella chica era la última responsable de la red, aquella a la que todos llamaban la Belga.

Una vez que el camarero le sirvió un té y volvió a la barra dejándolas tranquilas, la Belga le preguntó cómo podía ayudarles. Puedo ayudaros a cruzar el río, contestó Emilia con decisión. El paso que estaba junto a su casa era uno de los mejores sitios para cruzar. La Belga sacudió la cabeza. Precisamente por eso, porque era un buen sitio, los alemanes habían instalado allí un puesto. Ya nadie se atrevía a utilizar ese camino. Emilia insistió; ella sabía cómo pasar, cómo evitar a los alemanes. Se habían confiado de tal manera que ellos pasarían delante de sus narices. ¿Cómo? Los perros conocían a Emilia y no ladraban. ¿Y los demás? ¿Cómo pasarían los demás?, preguntó la Belga. Emilia, resuelta, les dijo que les facilitaría ropas de su casa para evitar que sintieran otro olor. La Belga desconfiaba; le parecía demasiado sencillo.

—Sólo tienes que venir y te lo demostraré -concluyó la vieja-. Lo verás con tus propios ojos.

La Belga había organizado la red junto con su padre, y habían conseguido que funcionara gracias a un número importante de colaboradores. Los pilotos, caídos en Bélgica,

habían alcanzado París a través de las rutas de escape. Desde allí, habían viajado en tren hacia el sur y se habían escondido en un caserío de Urrugne, a la espera de encontrar el momento de cruzar hacia España. Ese momento había llegado. Si lo lograban, la Belga, que había aprendido el camino de los contrabandistas, les conduciría hacia Oyarzun. Para ello atravesarían las montañas por lo que un día había sido una pista para carros de bueyes, junto a las antiguas instalaciones de una compañía minera. A un lado estaban los alemanes, pero al otro vigilaban los guardias civiles. Dos gatos dispuestos a dar cuenta de aquel pequeño grupo de ratones.

Tenían que llegar antes del amanecer a un caserío en el que les estaban esperando. La Belga era rápida, ligera, silenciosa, y tiraría de ellos. Ella, a pesar de su juventud, de su aspecto delicado, era un ratón listo y decidido, capaz de manejarse en la oscuridad. Un ratón capaz de oler al enemigo que podía esperar en cada recodo, detrás de cada árbol, en cada vaguada.

El siguiente paso era Altzibar, donde podían descansar y comer algo en una casa refugio. A la mañana siguiente Gary y Sean, vestidos con ropa prestada, fingirían ser dos trabajadores más que, montados en bicicleta, iban a cumplir su jornada laboral a Rentería. Dos obreros que no sabían español, que quizás nunca en su vida habían pensado en pisar ese país. Gary llevaría una gorra para cubrir su cabello pelirrojo, tan llamativo. Y Sean se enrollaría una bufanda en el cuello, que cubriría parte de su cara porque sus rasgos extranjeros, a pesar de su barba poblada, destacarían entre los de los trabajadores vascos. ¿Conseguirían pasar el control? Eran muchos los que circulaban a esa hora, y los guardias andaban despistados, somnolientos y aburridos, fumando sus cigarrillos con los fusiles apoyados en el suelo.

El siguiente objetivo era la estación, donde intentarían coger un tren destino a San Sebastián. Una vez allí, permanecerían escondidos en un garaje, a la espera de ser entregados a los servicios ingleses. Desde el consulado, los servicios secretos se encargarían de hacerles

cruzar el país en coches diplomáticos en dirección a Gibraltar o a Lisboa, lugares desde los que iniciarían el viaje definitivo a Londres. Y entonces, sólo entonces, al volver a pisar su país, el ratón sabría que se había salvado.

Emilia repartió la ropa que llevaba en los brazos y la Belga y los jóvenes se cubrieron con aquellas mantas. Había llegado el momento. Siguiendo el consejo que les había dado la Belga –pensad en algo, en las personas queridas, en lo que os espera al final de este viaje, pensad en cualquier cosa que os anime a mover un pie detrás de otro- Gary recordó a su novia. Estaba embarazada de ocho meses y todo apuntaba que de mellizos. Gary imaginó cómo serían los dos pequeños, quizás pelirrojos como él. Había tocado su tripa por última vez tres meses antes. Había acariciado su piel intentando descifrar qué se escondía allí dentro, bajo las yemas de sus dedos. Qué era aquello que sentía, aquella dureza. ¿Una mano? ¿Un pie? Pero Jenny no se había reído como otras veces. Esta vez estaba muy seria, casi enfadada. Corren malos tiempos para tener hijos, le había dicho, y estos niños necesitarán un padre. Gary le prometió que volvería. Pero tienes que volver vivo, no dentro de un maldito ataúd, había gritado ella antes de romper a llorar. Era la primera vez que perdía los nervios.

Y en eso pensó Gary cuando los alemanes alcanzaron su avión y saltó en el paracaídas. Pensó en Jenny sonándose la nariz. ¿Había tenido una intuición? ¿Sabía de alguna manera que él no volvería a pesar de sus promesas? Cayó bien y tuvo suerte. Pudo ver cómo su avión dejaba una estela de humo negro, hasta estrellarse a unos dos kilómetros provocando una bola de fuego. Imaginó a los mellizos pateando la tripa de Jenny, protestando con sus puños, enfadados. No queremos ser huérfanos, gritaban. No queremos nacer si tú no cumples con tu parte. Pero de momento la suerte parecía estar de su lado. Se encontraba en la zona este de Bélgica, cerca de la frontera con Francia, y un miembro de la red, que había visto caer el avión, lo encontró antes que los alemanes. Gary envió un mensaje a sus pequeños. Todo va bien. Creced. Seguid creciendo. Volveré vivo. Volveré quizás para veros nacer.

Steven, sin embargo, no sabía en qué pesar. Él presumía de no tenerle miedo a nada, ni siquiera a la muerte. Era arriesgado y eso hizo que recibiera varias castigos, aunque también dos condecoraciones. Steven no era muy sociable; sólo mantenía relaciones con prostitutas y siempre se despedía de ellas diciendo, recuerda mi nombre, un día saldré en los periódicos. Aceptaba de buen grado la posibilidad de acabar asado como un bistec dentro de la cabina, pero estaba seguro de que antes habría derribado un buen número de aviones alemanes. Sin embargo, cuando los disparos de un Me 109 de la Luftwaffe alcanzaron el motor de su Hurricane, Steven no dudó en saltar. En la caída se golpeó la clavícula y resultó herido. Un granjero lo escondió en su granja de cerdos, en la que compartía agujero con una familia judía. El médico le visitaba cuando podía acercarse sin levantar sospechas. Tuvo fiebre y llegó a creer que pasaría el resto de su vida allí, cerca de aquellos animales apestosos que no hubieran dudado en dar buena cuenta de él si hubieran podido.

De repente, allí, camino del río, Steven recordó a Dina, la joven judía, delgada, con las caderas escurridas. Cuando tenía fiebre, a veces la veía sentada a su lado. Tocaba su frente húmedo con sus dedos, en una leve caricia. Cuando se recuperó, no había rastro de los judíos. Se fueron sin que pudiera despedirse de ellos. Steven decidió caminar pensando en Dina. La chica le dio la mano y le dijo, yo iré contigo. Dina iba pegada a su pecho, allí, bajo la manta. Se agarraba a sus costillas, y él la llevaba. A veces ella alzaba su cabeza y movía los labios dándole ánimos. Era tan flaca que no pesaba.

Avanzaban sin hacer ruido por un sendero que descendía hacia la orilla del Bidasoa. Ya se escuchaba el canto de sus aguas. Aquel sonido que había acompañado a Emilia a lo largo de gran parte de su vida y que en tantas ocasiones le había parecido alegre, le inspiraba ahora desazón. Se acercaban al puesto de control. La tierra engullía cada paso, mientras ellos se esforzaban en no llamar la atención de los perros. Los ladridos llegaban siempre antes que los disparos. Ése era el orden; ladridos, disparos. Ladridos, disparos y muerte.

Los fugitivos llegaron al río y esperaron a que la luna volviera a ocultarse tras las nubes. Las aguas oscuras y frías del Bidasoa cantaban la canción de la noche. Se veía el resplandor que provenía de las luces del puesto. También se escuchaban algunas voces lejanas, que hablaban demasiado alto, y unas risas de complicidad. Alguien dio una orden, y el volumen de las voces descendió.

Los fugitivos rezaban para que las mantas absorbieran su esencia, para que los perros no olieran su miedo. Rezaban para que lo único que llegara a los animales fuera el olor de Emilia, de su casa, de sus vacas. Soy vuestra amiga, no lo olvidéis. Las palmadas cariñosas de la mujer, bajo la mirada severa de los soldados. Los perros domesticados no ladran. Y de nuevo la oscuridad se volvió protección, como lo era la manta, como lo era el canto del río, y siguieron a la vieja que avanzaba con seguridad a pesar de no ver. Conocía de memoria las piedras, como conocía el camino. El agua venía fuerte, les llegaba hasta las rodillas.

Cuando pisaron el suelo firme, uno tras otro, respiraron aliviados. Lo habían logrado. Sin embargo, todavía quedaba mucho por hacer. Y sin intercambiar palabra, a modo de despedida, juntaron las manos. Ocho manos que sólo parecían sombras, pero que al juntarse se volvieron reales. El tacto de la piel ajena les reconfortó. Gracias, dijeron las manos extranjeras. Suerte, dijo la mano de Emilia. Y en pocos segundos los fugitivos desaparecieron entre los árboles.

En el camino de vuelta, Emilia pisó mal una piedra, resbaló y perdió el equilibrio. Cayó, cayó despacio, y doblando las rodillas entró en el agua suavemente, sin salpicar apenas. Intentó incorporarse, pero el agua la empujaba como si fuera un tronco, y dio un par de vueltas. No conseguía levantarse. Luego se asustó, no tocaba fondo; debía de encontrarse en uno de los pozos. El río es traicionero... ¡Cuántas veces se lo había oído decir a Antoine! Se había alejado del paso, y había llegado a la zona donde el cauce era más estrecho y el caudal de agua considerable. Emilia era arrastrada, y sus esfuerzos por oponer resistencia la agotaban

sin dejar de ser infructuosos. Pronto sólo intentó mantenerse a flote. Vieja tonta. Su ropa pesaba y se diría que las manos de las lamias tiraban de ella. Las lamias, los seres mágicos del río, eran una especie de sirenas de las que Antoine le hablaba a André cuando era niño. Cuidado, hijo, no se te enrede el hilo de pescar en el pelo de una lamia. No sabes el genio que tienen. Y el chico le miraba con perplejidad, sin saber si hablaba en serio o bromeaba.

El río se la llevaba, y Emilia, sin poder hacer otra cosa, se dejaba arrastrar. Cerró los ojos, ya cansados de tanta oscuridad. Aquel era el río que ella amaba. Ya hacía casi cuarenta años que vivía a sus orillas, desde que se casó con Antoine, cuya familia había sido dueña de esas tierras durante generaciones. Antoine, su querido marido, que dormía o fingía dormir. Ahora le pesaba no haberse despedido. El bueno de Antoine... Te dejo solo, pensó Emilia, sintiendo que el frío empezaba a paralizar sus miembros. Intenté ser una buena esposa, tú lo sabes. Desde que nos conocimos en aquel baile en Ziboure, te quise. Me gustaron tus ojos bondadosos. Ojalá vuelva pronto el chico, Antoine, y te haga compañía. El caserío es muy grande para ti solo. Pero volverá André, y se encargará de las tierras. Quizás un día se case y te de nietos, le dijo al hombre que dormía en su cama.

Emilia se golpeó con una roca y sintió que las últimas fuerzas la abandonaban. El río la devoraba como un animal devora a su presa. Allí estaban las lamias, a cada momento más fuertes, dispuestas ya a acabar de una vez con aquel juego. La agarraron de los pies y tiraron con energía. Emilia no opuso resistencia. Vio que André volvía, y Antoine le abrazaba. André y Antoine, abrazados, lloraban como dos niños pequeños. Te he echado tanto de menos, decía Antoine. André tenía una cicatriz en el rostro. Una cicatriz que le cruzaba el pómulo derecho y que acababa justo en la barbilla.

Llenó una cesta de huevos y otra de verduras. Lucía el sol a pesar de que había llovido toda la noche, como muchas otras noches de aquel otoño largo y húmedo. ¿Tenía miedo? Claro que tenía miedo. Pero lo más difícil había sido tomar una decisión. Durante horas había

dado vueltas en la cama, con aquella sensación de tener el estómago lleno de piedras. Con un grito feroz los soldados le dieron el alto. ¡Comida!, gritó bien fuerte, elevando las cestas para mostrarlas. Uno de los soldados se acercó, mientras el otro le apuntaba. Intentó no mirar el ojo de metal del arma. El soldado inspeccionó el contenido de las cestas, y le hizo un gesto para que le siguiera. Los perros le ladraron al pasar junto a las jaulas. Los observó con el rabillo del ojo. Sus bocas inmensas, horribles. Después de unos largos minutos el cocinero salió a ver qué traía.

—¿Y la mujer? -preguntó.

—A partir de ahora vendré yo -dijo Antoine.

Intentaba mantener la tranquilidad, vencer la desconfianza y el rechazo que le inspiraba aquel lugar. Antes de salir se detuvo junto a las jaulas de los perros que, alborotados por su presencia, daban saltos y gruñían mostrando sus dientes con rabia. ¿Cuánto tiempo tardarían en acostumbrarse a él?

—A la mujer también gustan los perros -le dijo el soldado.

Antoine asintió con la cabeza. Alguien desde el edificio principal gritó al soldado que dejó de hablar y le dio un golpe en el hombro a Antoine para que se moviera y le acompañara a la salida. Camino del caserío, se dio cuenta de que tenía el cuerpo bañado en sudor.

Se pasó la tarde trabajando en el huerto. De vez en cuando hacía una pequeña pausa y observaba el camino que descendía hacia el pueblo. Algún día, tarde o temprano, aparecería la extranjera. Estaba seguro.

Una bandada de gaviotas voló sobre él, a poca altura. Sus gritos le parecieron humanos. Antoine persiguió con la vista aquellas sombras, que avanzaban sobre la hierba en dirección al mar.